

Fe y belleza, canto y misterio

La palabra poética

La celebración es el lugar privilegiado de las nupcias entre la fe y la belleza. La liturgia ha buscado siempre un arte integral capaz de unir las artes del tiempo (poesía, música) y las artes del espacio (pintura, imaginaria, arquitectura).

Por sus himnos la Iglesia muestra que su Señor vive en medio de ella con su divina belleza. La palabra poética es un testimonio calificado de la Presencia divina durante la celebración. La palabra poética suscita un eco en el interior del creyente. Un eco que dura poco y que desaparece para dejar lugar al silencio, y permitir a Dios mismo habitar en el silencio interior de cada persona¹.

El lenguaje litúrgico se asemeja más al lenguaje poético que sugiere, evoca y deja todo abierto. No cierra nada. Es como el símbolo: da que pensar.

“Alabad al Señor que la música es buena...” (Sal 146, 1)

El Salterio es llamado en la tradición judaica Libro de las Alabanzas, y, juntamente con Job y Proverbios, constituía la serie de los ‘Hagiógrafos mayores’. En el Nuevo Testamento se lo conoce bajo la denominación de Libro de los Salmos (Lc 20,42; Act 1,20).

El nombre de salmo proviene del griego *psállein*, que significa originariamente tocar un instrumento de cuerda o cantar al son de dicho instrumento. Las composiciones salmódicas son, generalmente de índole lírico-religiosa, aunque no faltan cantos épicos y fragmentos didácticos y aún oraculares proféticos.

El Concilio Tridentino, recogiendo la tradición eclesiástica, incluye entre las Escrituras canónicas, Psalterium davidicum 150 Psalmorum. Son justamente 150 salmos del texto hebreo masorético, excluyendo así el 151 de la versión griega de los LXX, de procedencia apócrifa.

Son atribuidos no pocas veces a determinados personajes del Antiguo Testamento, como David, Salomón, Moisés, etc.

¹ MALDONADO, Luis. Liturgia, arte, belleza, págs. 123 y 124.

“Ante todo son composiciones poética, lo que quiere decir que lo intuitivo y lo afectivo priva sobre lo lógico y lo didáctico. Son poesías, pero poesías hebreas, es decir, poesías distintas a las de las lenguas romances o de la latina. La rima en nuestros versos romances consiste en la colocación artificiosa de palabras asonantes o consonantes. En la poesía hebrea el paralelismo es una especie de rima no de palabra sino de pensamientos, que se repite de forma artística dos o más veces”².

“Este pensamiento es musical y rítmico. Es algo así como una composición musical, en la que se repiten sucesivamente motivos con ligeras variaciones, pero que se nos presenta como algo enteramente nuevo y con vivencias no percibidas anteriormente. Gracias a estas repeticiones y a esta progresión *in crescendo*, puede uno asimilar más completa y profundamente el motivo fundamental”³.

Podemos dividir las diversas composiciones del Salterio en las siguientes familias: salmos de alabanza o himnos de acción de gracias, deprecativos, de peregrinación, procesionales, de entronización, regios y mesiánicos. “La atmósfera de los salmos es eminentemente teocéntrica. Sus autores están sedientos de divinidad. A sus ojos, Dios es todo (...) Cualquier ocasión sirve a los salmistas para repetir que Dios es grande, justo, fiel y misericordioso, y reiterarle la expresión de su fe, su confianza y su amor”⁴.

Jesucristo Salmista

“Jesús nace en un pueblo que expresa su fe cantando. El cantó con palabras y tonos como cualquier judío de su tiempo y oró en recitación ritual, con balanceo binario, como es la costumbre de su pueblo. El oficio de la sinagoga es cantado casi en su totalidad: oraciones, bendiciones, salmos, etc. La Biblia no es otra cosa que el eco soberbio del sentimiento lírico y musical de todo un pueblo”⁵.

Jesús, “llegada la plenitud de los tiempos”, aparece como la expresión y el canto de Dios, el cantor del salmo nuevo y del cántico nuevo que entonan los redimidos; el mejor intérprete de su pueblo. El no tiene voz y se sirve de la nuestra haciéndose presente en la liturgia y en nuestro canto. Escribe *San Agustín* en el Sermón 17:

“Cuando el lector sube al ambón, es Cristo quien nos habla. Cuando el predicador comenta la Palabra, si dice la verdad, es Cristo quien nos habla. Si Cristo guardara silencio yo no os podría decir lo que en este momento os estoy diciendo. Cristo no está tampoco silencioso entre vosotros: cuando cantáis, ¿no es por ventura Cristo mismo quien canta por vuestra voz?”.

² ABAD IBAÑEZ, José y GARRIDO BONAÑO, Manuel. Iniciación a la liturgia de la Iglesia, p. 837.

³ DRIJVERS, P. Los Salmos. Introducción a su contenido espiritual y doctrinal, pp. 40-41.

⁴ GASNIEL, M. Los Salmos, escuela de espiritualidad, pp. 21-22.

⁵ ALCALDE, Antonio. Canto y música litúrgica, p. 9.

Los Salmos

El pueblo de Israel se interesó en coleccionar no sólo sus leyes, sus proverbios, sus cantos de amor, sino también sus más bellas oraciones. No para abandonarlas en los estantes de las bibliotecas o en las gavetas de las sinagogas, sino para utilizarlas regularmente, sobre todo en las asambleas de la comunidad. A través de los Salmos, por tanto, recogemos el fruto de más o menos seis siglos de vida comunitaria en Israel.

Cada salmo de la Biblia es un poema y, más que eso, una obra maestra. Además, todos fueron compuestos para cantarse, con o sin instrumentos musicales⁶.

Los salmos, palabra de Dios, son composiciones líricas destinadas a ser cantadas, constituyen el libro de cantos del pueblo de Israel. Toda la liturgia sinagoga era cantada y cada libro de la escritura tenía su propia cantilación. Jesús, como buen judío, asiste regularmente al culto sinagoga, “Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era costumbre los sábados, y se puso de pie para tener la lectura...” (Lc 4,16). Es indudable que cantó los salmos con su voz, con su doctrina y con su vida. San Agustín lo llama “El cantor admirable de los salmos”.

El ambiente musical en el que Jesús creció y vivió

En diversos pasajes del Evangelio encontramos datos que nos pueden acercar a comprender el ambiente musical en el que creció y vivió Jesús. Ya desde su nacimiento está presente la música. El ángel anuncia a los pastores “una gran alegría, que es para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor” (Lc 2, 11-12). Con este anuncio se inicia el más bello himno de alabanza cantado por las mejores voces: “De pronto apareció una legión del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que él ama” (Lc 1, 14).

Los relatos de la infancia de Jesús los recoge el evangelista Lucas entretreídos con los tres hermosos cánticos evangélicos: el *Magnificat* (Lc 1, 46-55), el *Benedictus* (Lc 1, 68-79) y el *Nunc dimittis* (Lc 2, 29-32).

Jesús escuchó las aclamaciones-grito de sus discípulos que, en masa y entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos: “Bendito el que viene como rey en nombre del Señor”, como también oyó las aclamaciones de los grupos que le acompañaban delante y detrás gritando: “Hosanna al hijo de David”; “Bendito el que viene en nombre del Señor” (Lc 21, 9-11). Aclamaciones estas que siguen sonando en nuestras Eucaristías al cantar el Santo.

El nombre de “el Nazareno” que se daba a Jesús – según el gran rabino de Roma, bautizado por Pío XII con el nombre de Eugenio Zolli- “significaba no sólo la florida Nazaret de su infancia, sino también el recitador popular de cuya palabra y mensaje bien modulado están pendientes las multitudes que se olvidan de comer para escucharle”⁷.

⁶ GIRARD, Marc. Cómo leer el libro de los Salmos, espejo de la vida del pueblo, p. 12.

⁷ VELADO, B. Pastoral Litúrgica, p. 215.

El canto en la Biblia y en la liturgia

Llama la atención el hecho de que el vocablo “cantar” –junto con los términos derivados- es una de las palabras más frecuentes usadas en toda la Biblia. En el Antiguo Testamento aparece 309 veces y en el Nuevo Testamento 36 veces. Y es que cuando el hombre llega a establecer una relación íntima con Dios, no basta el lenguaje hablado⁸.

La acción litúrgica comprende en primer lugar la respuesta a la palabra de Dios, en el diálogo que se produce entre Dios y su pueblo. “Dios habla al pueblo: Cristo sigue anunciando el Evangelio. El pueblo responde a Dios con cánticos y oraciones” (SC 33).

El primer modo de respuesta a la Palabra de Dios es el canto. Junto al canto es preciso tratar de la música, que no sólo lo acompaña, sino que tiene, ella sola, una función en la celebración⁹.

En la celebración litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos. Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada Liturgia, hay que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales (SC 24)

Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos (SC 48).

El canto en la Biblia está presidido por el reconocimiento de la presencia de Dios en sus obras de la creación y en sus intervenciones salvíficas en la historia. El ejemplo más acabado, como ya hemos dicho, son los salmos, que abarcan todas las formas de expresión sonora, desde el grito y la exclamación gozosa, hasta el cántico acompañado de la música y de la danza¹⁰. Sin embargo, no todos los Santos Padres fueron unos entusiastas del canto en la liturgia. Algunos, como San Juan Crisóstomo, fueron muy críticos, por entender que la música era factor de dispersión y un halago de los sentidos. En la Edad Media, Santo Tomás se muestra un tanto cohibido al defender el canto litúrgico (Santo Tomás II-II q. 91 a2). Esas actitudes manifiestan que en la Iglesia siempre ha existido una preocupación muy grande por el carácter auténticamente religioso y litúrgico del canto y de la música en el interior de las celebraciones.

⁸ RATZINGER, Joseph. Introducción al espíritu de la liturgia, p. 113.

⁹ LÓPEZ MARTÍN, Julián. La liturgia de la Iglesia, p. 107.

¹⁰ RATZINGER, Joseph. Op. Cit., p. 113.

Los últimos y más notables ejemplos son el motu proprio *Tra le Sollecitudini* de San Pío X (22-XI-1903), la Encíclica *Musicae sacrae disciplina* de Pío XII (25-XII-1955), la *Instrucción sobre Música Sagrada* de la Sagrada Congregación de Ritos (3-IX-1958) y la Constitución *Sacrosanctum Consilium* del Vaticano II (4-XII-1963), que dedica el Capítulo VI a la música (SC 112-121). Este documento significa la culminación de todo un movimiento de restauración del canto gregoriano y de renovación del canto popular religioso.

Entre los documentos postconciliares dedicados a la renovación litúrgica hay que citar la Instrucción *Musicam Sacram* del 5-III-1967; y especialmente el *Quirógrafo del Papa Juan Pablo II sobre Música Sacra* del 14-2003.

Música y misterio

Música y misterio son dos términos que tienen la misma raíz etimológica. La raíz indoeuropea *mu* da origen al antiguo verbo griego *myo* (cerrar la boca) para indicar lo que no se puede decir con palabras, sino que se puede revelar sólo con gesto o sonidos simbólicos. En efecto, la música desde la más remota antigüedad es uno de los mayores símbolos de expresar el misterio. No sin razón en la mitología griega la música era un don de los dioses¹¹.

La música tiene capacidades altísimas de expresar las riquezas de toda cultura. No sólo esto: sino que por su naturaleza puede hacer resonar armonías interiores, despierta intensas y profundas emociones, ejerce un poderoso influjo con su encanto.

Tanto si exalta la palabra del hombre como si da forma melódica a la Palabra que Dios ha revelado a los hombres, como si se difunde sin palabras, la música, como voz del corazón, suscita ideales de belleza, la aspiración a una perfecta armonía, que no turban pasiones humanas y el sueño de una comunión universal.

Como es sabido, la Iglesia ha cultivado y favorecido siempre la música. Más aún, ha sido siempre mecenas de ella, bien conciente de su importancia espiritual, cultural y social. Es más, la Iglesia cree e insiste a fin de que en el momento más elevado de su actividad, como es el de la liturgia, el arte musical entre como elemento de glorificación a Dios, como expresión y apoyo de la oración, como medio de efusión de los espíritus de los participantes, como signo de solemnidad que todos pueden comprender. Por estos motivos, se exige, aún, sin discriminaciones técnicas o estilos, que la música para la liturgia sea auténtico arte, y tenga como finalidad siempre la santidad del culto¹².

En la historia de la humanidad la inspiración musical ha tratado de expresar –como la palabra y acaso más que ella– los sentimientos más profundos de la persona: la alegría, el amor, el dolor, la angustia, la duda..., y, en particular, la oración y la alabanza respecto a Dios, Creador y Padre.

¹¹ SIRBONI, Silvano. El lenguaje simbólico de la liturgia, p. 77.

¹² JUAN PABLO II. La Iglesia y la música, 5. Con ocasión del año europeo de la música, 6-8-1985.

Por esa capacidad expresiva de la música, la Iglesia desde los orígenes, en su enseñanza y en su acción, ha manifestado un interés constante por el canto y por la música “sacra”, dada la íntima conexión del arte musical con la liturgia. Por ello la Iglesia ha reafirmado continuamente los principios y las líneas directivas para que este arte, noble y embellecedor, cumpla con la adecuada perfección, su cometido litúrgico y su finalidad suprema, que es la “gloria de Dios y la santificación de los fieles”¹³.

San Agustín, el cual fue un apasionado y genial cultivador de la música –escribiendo sobre la misma un célebre tratado-, ha sintetizado felizmente la profunda relación entre la belleza de la realidad y la música: “La belleza de todo el universo, cuyas partes son tales que deben ser adaptadas a todos los tiempos, se difunde como un inmenso canto de un músico inefable, y de allí traspasan a la eterna contemplación del esplendor de Dios a los que debidamente le adoran, incluso cuando es el tiempo de la fe” (Epist. 138, I, 5; Pl 22, 527).

“El canto sagrado – decía San Ambrosio, gran obispo de Milán (Enarr in Psalmun I, 9; PL 14, 178) – es bendición de todo el pueblo, alabanza a Dios, honor del pueblo santo, consentimiento universal, coloquio común, voz de la Iglesia, profesión sonora de la fe, devoción llena de dignidad, alegría de los corazones libres, clamor de jovialidad, alegre regocijo. El canto reprime la actitud del ánimo, hace olvidar las inquietudes, destierra la tristeza. La voz canta para gozar, mientras el espíritu se ejercita en profundizar la fe”.

En la IX Reunión de Capillas Musicales del año 1969, el Papa Pablo VI les decía: “Comprendéis, pues, cuán importante y verdadera es la utilidad; más aún: la necesidad del servicio que prestáis a la Iglesia, a la asamblea de los fieles reunida en torno al altar de los sagrados misterios...contribuiréis de este modo con el canto sagrado al incremento de la vida litúrgica”.

**P. Fernando Gioia, EP
Heraldos del Evangelio**

¹³ JUAN PABLO II. Interés de la Iglesia por la música, 1985.